



El pobre Nicolás II

En el número del 1.º de este enero de la anciana — tiene ya noventa años — «Revue des Deux Mondes» publica A. Iswolsky, ministro que fué del zar de Rusia, Nicolás II, una semblanza de éste. Y la semblanza nos confirma en la profunda compasión que nos causó la suerte trágica, fatídica y agorera de esa desgraciada e inocente víctima del último de los Romanoff.

Es decir, del último de los Romanoff, de la familia imperial rusa descendida de los Romanoff por línea femenina, y si, según parece y las Memorias de Catalina la Grande, esposa de Pedro III y madre de Pablo I, lo confirman, el nacimiento de éste, de Pablo I, fué irregular, y su padre, aquel hidalgo cortesano que fué Soltikoff, el pobre Nicolás II no tenía nada de Romanoff. Y de hecho, no ya de Romanoff más ni de la casta de su padre, de Alejandro III, parecía haber heredado gran cosa. Más bien de su madre, una danesa, una paisana del príncipe Hamlet.

¡Pobre Nicolás III! Leyendo la semblanza que de él ha trazado Iswolsky, en un tiempo su ministro, se llega a compadecerle como se compadece al pobre Luis XVI, víctima también de... de los errores de otros? No; sino más bien del sino. Lo mismo Luis XVI que Nicolás II habrían de todos modos sucumbido, hubieran hecho lo que hiciesen. Porque en rigor no podían hacer nada por sus respectivos pueblos. Tal vez dejar sus tronos. Con ello no habrían remediado ni el estado social de Francia a fines del siglo XVIII el uno, ni el de Rusia a principios del XX el otro; pero habrían evitado dos sacrificios inútiles, dos crímenes, inútiles también. Porque ambas ejecuciones han sido perfectamente inútiles.

A través de la semblanza que traza de él su en un tiempo ministro Iswolsky, se ve que el pobre Nicolás II era un tímido y un abúlico, muy poco instruido por lo abandonada que fué su educación, una educación cortesana y protocolaria. Iswolsky asegura que el pobre último zar de Rusia era inteligente; pero sabido es el caso que hay que hacer a los ministros y ex ministros cuando hablan de la inteligencia de los soberanos a que sirven o han servido. Y no es que mientan, no. Es que no es fácil apreciar la inteligencia de un ser que está en guardia y como ante un examinador siempre. El mismo kaiser, este gran simulador, ha hecho creer en su talento. Y de actor trágicómico sin duda le tiene.

No parece que el pobre Nicolás II fuera lo que llamamos un reaccionario, sino que más bien no fué, en este respecto de ideas, nada, ni reaccionario ni lo otro. Su reaccionarismo se redujo al culto que profesaba a la memoria y a los precedentes de su padre Alejandro III, el que descuidó su educación. Y lo que se ve claro es que el pobre último zar de Rusia estaba sometido a su mujer, una alemana neurótica y supersticiosa, que sufrió la fascinación de aquel grosero aldeano siberiano, borracho y cínico, que fué Ras-

putine. Sobre esto de Rasputine pasa como sobre ascuas Iswolsky, quien nos dice que no la conoció.

El pobre Nicolás II parece que fué de costumbres puras y de gustos sencillos. No se ha hablado de ningún devaneo suyo. Ni debía tampoco divertirse mucho. Todo nos hace ver en él una naturaleza melancólica, un predestinado a ser el cordero de propiciación.

Cayó en manos de aventureros y embaucadores. Ya antes de Rasputine hubo aquel Philippe, que había sido matarife en Lyon y Bezobrazoff, un noble arruinado y de costumbres ambiguas. Este Bezobrazoff le sedujo el espíritu del pobre zar con proyectos fantásticos. Porque el espíritu del pobre Nicolás II era, según nos dice Iswolsky, «fácilmente accesible a las ideas quiméricas». Y leyendo lo que nos dice el que fué su ministro, hemos llegado a creer que el pobre último zar de Rusia había acaso leído siendo niño — o tal vez siendo adulto — las novelas de Julio Verne y luego las había tomado en serio.

Como prueba de la credulidad del pobre Nicolás II y de la facilidad con que acogía las ideas más quiméricas, nos cuenta Iswolsky que siendo él ministro de Negocios extranjeros tuvo el Consejo de ministros que ocuparse de un proyecto de unir a Siberia a la América del Norte mediante un puente gigantesco, tendido por sobre el estrecho de Behring, proyecto que implicaba para el empresario, un extranjero, la concesión de vastos terrenos a lo largo de una vía férrea que abocaría al puente intercontinental. Otra vez un americano consiguió persuadir al pobre zar de que había descubierto el medio de defender las fronteras de Rusia mediante corrientes eléctricas poderosísimas, ahorrándose ejército. Y la juliovernesca imaginación del soberano se dejó engañar.

Entre esta credulidad de un pobre espíritu sin la menor educación verdaderamente científica y lo que le llevó de mano de su mujer a telerar a Rasputine, hay íntimo parentesco. La superstición cientifista y la religiosa son una misma y sola superstición. También Rasputine le proponía a la pareja imperial rusa tender un puente: un puente entre el cielo y la tierra.

De la lectura del escrito de Iswolsky, como de cuanto sobre el último zar de Rusia se ha escrito, sacamos la convicción de que ese pobre enfermo nació y fué criado y educado para todo, menos para un trono, y que se pasó la vida soñando. Una especie de Segismundo, sin la bravura de éste; un Segismundo lánguido, desmayado y triste. Una especie de Pedro V de Portugal, de quien tan portentosa semblanza nos dejó Oliveira Martins en su «Portugal contemporáneo».

Hemos dicho algunas veces que lo que liberta de su pobreza al pobre y al siervo de su servidumbre, liberta al rico de su riqueza y al tirano de su tiranía. ¿Y quién o qué libertará a los pobres espíritus ligeros, disipados, lánguidos o quiméricos, como el del pobre Nicolás II, condenados a encarnar en un cuerpo al que por fatídica ley de herencia se le enjante en un palacio real y se le ate a un trono?

Miguel de UNAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES